

LA ORGANIZACION POPULAR Y EL ROL DE LAS ONGD: UNA APROXIMACION

Héctor Béjar¹

Terminado el proceso de reformas sociales de 1970 --cuando el Estado jugó un rol protagónico en la generación y fortalecimiento de la organización popular--, fueron las organizaciones no gubernamentales de desarrollo y los partidos políticos de izquierda, aquellos que heredaron ese rol decisivo.

Con los cambios estructurales de la década del 90 se produce el debilitamiento o la desaparición de las organizaciones populares que habían sido características de las dos décadas anteriores (1970-1990). La organización popular se desplaza hacia otras áreas geográficas, sectores sociales y centros de interés. ¿Cuáles son las nuevas demandas populares en el Perú de los 90? ¿Están desubicadas las ONGD respecto del nuevo movimiento popular organizado?

El objetivo de este trabajo es aportar puntos de vista parciales y preliminares a una reflexión reactualizadora sobre la relación organización popular-ONGD. Rogamos tener en cuenta dos dificultades: 1) el país carece hoy de estadísticas confiables como para medir cuantitativamente la dimensión de la organización popular en la nueva situación; 2) estamos frente a fenómenos nuevos sobre los que existen sólo opiniones iniciales.

LA ACTUAL CONFIGURACION SOCIAL DEL PERU

La organización popular es una manifestación de la forma cómo se configura la organización social de un país y evoluciona con ella.

Nuestro país se va haciendo cada vez más complejo. Nuestro crecimiento económico ha generado Lima, fenómeno urbano incontrolable que es a la vez crisol de culturas diferentes. Antes nuestra evolución dependiente de los mercados extranjeros había "integrado" hacia afuera ejes económicos que todavía cruzan las tres regiones naturales generando "polos de desarrollo" distintos, como sucede con los ejes Lambayeque, La Libertad y Cajamarca; Huánuco, Junín y Lima; o Puno y Arequipa. Crecen Puno y Tacna, ciudades de frontera y centros activos de comercio y migración. La selva es un centro de explotación del petróleo, de activo comercio hacia Brasil y Colombia, emporio del sistema cocalero y centro de migración y colonización interna. Se ha expandido la región de la violencia que cubre con características específicas varios departamentos de la sierra y selva.

Étnicamente, y aunque cubierta por una mixtura cultural, continúa vigente la singularidad de las poblaciones negra, asiática, quechua, aimara, de diversos pueblos nativos selvícolas, blanca y mestiza; sin hablar de los diversos pueblos (de lejano origen huanca, pocra y

¹ El autor agradece a las ONG FOVIDA y ADEC-ATC que proporcionaron los materiales informativos que sirvieron de base para una parte del presente texto.

otros) que están encubiertos bajo la aparentemente homogénea presencia quechua. Cada etnia constituye también parte central de un universo cultural que la excede y los universos culturales tienen centros geográficos diferentes en Huancayo, Cusco, Puno o diversos puntos de la amazonía o se expanden hacia las grandes ciudades. Las desconfianzas, prejuicios y conflictos interétnicos e interculturales son todavía una realidad vigente.

Poblacionalmente nuestro crecimiento demográfico continúa y la migración está produciendo una realidad urbana. El nuestro es un país en acelerada urbanización, al cual ya no podemos tipificar como rural, debido al crecimiento sostenido de Lima y las ciudades intermedias del interior.

Socialmente, los estratos se multiplican, esconden y esfuman, haciendo difícil su identificación, y van desde los círculos empresariales de las clases altas, las clases medias de altos ingresos, las clases medias empobrecidas por la crisis económica, los obreros, los subocupados, el multifacético sector informal urbano; los sectores de pobreza crónica, hasta los diferentes niveles sociales en que se divide el mundo agrario.

Por lo menos desde 1983, pero sobre todo a partir de 1990, los sucesivos programas de ajuste económico de concepción neoliberal han agudizado la crisis social y económica añadiendo nuevos cambios a nuestra configuración social, al punto que ahora debemos aplicar nuevos criterios para analizar su situación.

La rentabilidad como elemento de diferenciación social.

La rentabilidad pasa a ser un importante elemento de diferenciación en el Perú de hoy. Si distinguimos rentabilidad de supervivencia, podemos reconocer dos niveles: el de las empresas y actividades rentables, aquellas que permiten a quienes las ejercen, ahorrar e invertir para acumular riqueza; y el de las actividades que permiten sólo supervivir.

Desaparecidas o languidecientes las actividades rentables que caracterizaron al Perú del pasado, la masividad de la supervivencia y la concentración de "islas de rentabilidad" en pequeños grupos, distingue hoy al país y determina su condición de pobreza. Por el contrario, la expansión de las ocupaciones rentables que permitan el ahorro y aún la inversión, podrá ser la vía para salir de nuestra situación actual.

La configuración social a partir de 1990.

En un corte vertical y simplificador, yendo de abajo hacia arriba, podemos encontrar varios niveles sociales a partir del programa de ajuste de 1990.

El nivel de la pobreza crónica

En el nivel más bajo está la pobreza crónica, la nueva marginalidad que afecta principalmente a los desocupados permanentes o la gente con ingresos por debajo del nivel mínimo de subsistencia. Es aquella que se reproduce por sí misma, en un círculo vicioso de pobreza que genera más pobreza, sin tener alternativas de salida.

En la base misma del concepto pobreza crónica está la dificultad o imposibilidad de quienes

la padecen, para asumir que su situación es anómala y para organizarse por su propia iniciativa e intentar salir de una situación que ellos consideran natural. De por sí, el estado crónico es el extremo más inferior de la pobreza y del individualismo; y presupone la destrucción del tejido social anterior, la ausencia de valores e incapacidad para la actividad, solidaridad y organización dirigidas hacia objetivos colectivos.

Todo ello significa que los sectores que padecen esta situación están condenados a desaparecer físicamente; o dependen de otros sectores para supervivir; sin que en su horizonte pueda habitar la menor esperanza de un cambio de situación.

La pobreza crónica es pasiva. Implica también la desaparición del desarrollo como posibilidad y la aparición de la asistencia pura --sobre todo a través de programas de alimentación o combate de enfermedades endémicas-- como la única forma de relacionarse con estas poblaciones. Desconocemos cuál pueda ser la dimensión de este sector en nuestro país, pero suponemos que es todavía minoritario.

El nivel de supervivencia

Aquí hablamos de la denominada pobreza activa. La población peruana supervive mediante diversas formas de conseguir recursos. En el nivel masivo de la supervivencia propiamente dicha se encuentran los niños trabajadores callejeros, los comerciantes ambulantes de menores ingresos, las empleadas domésticas, una parte de las mujeres de los comedores populares, los campesinos minifundistas o que no tienen tierra y la mayor parte de un conjunto abigarrado de ocupaciones urbanas diversas al que se ha llamado "sector informal".

En este nivel, las familias pobres pueden subsistir porque desarrollan múltiples actividades al mismo tiempo, se desplazan a diferentes lugares del territorio nacional, habitan en la frontera de la legalidad y reciben el aporte simultáneo de varios de sus miembros.

En este nivel, la solidaridad de la familia extensa es una clave de la supervivencia.

Los asalariados

Eran el nivel de salario o la valoración social de la ocupación, pero no la estabilidad, los factores que distinguían a unos peruanos de otros, ubicándolos en la clase obrera o sectores medios de la sociedad según el status ocupado o el salario recibido. "Obreros" o "empleados", trabajadores "manuales" o "intelectuales", todos tenían estabilidad y su futuro estaba hasta cierto punto trazado con antelación.

Hoy nada es estable. En el nivel medio de una sociedad estratificada, se dan los nuevos modos de vida donde, a diferencia del pasado, podemos ubicar tanto a los obreros estables como a los empleados que tienen todavía trabajo permanente. Siendo la estabilidad cada vez menos frecuente, también tenemos islas de estabilidad, tal como tenemos islas de rentabilidad. El avance de la escolaridad registrado en los últimos años --aunque quizás detenido en el presente-- ya no es un elemento de diferenciación social porque todavía vivimos las consecuencias de la masificación de la enseñanza en décadas anteriores.

Ahora, disminuida la industria por efecto de la recesión económica, y languideciente el movimiento sindical, el proletariado industrial organizado está colapsando y ha dejado de ser un sector activo que pueda avizorar un horizonte más lejano que la precaria defensa de sus puestos de trabajo.

El nivel de salario y el de educación tienden a ser similares para quienes disfrutan de estas situaciones. La diferenciación ya no reside en el nivel de ingresos y ni siquiera en el de escolaridad, sino en la pertenencia a universos culturales y formas de vida diferentes.² La mayor parte de la clase "media" profesional --con la excepción de las profesiones más rentables--, se define ahora culturalmente, no necesariamente por su ubicación en la estratificación de ingresos del país.

De hecho, los asalariados son una minoría decreciente. Laboral y socialmente, el Perú puede ser definido hoy día como un país de trabajadores eventuales, dentro de los cuales -- si descartamos las clases altas-- las mayores diferencias son culturales, no económicas.

Por su extrema movilidad, la eventualidad es enemiga de la organización; por lo menos de la organización popular clásica. Nuevas formas de organización, de mayor ámbito geográfico, más flexibles y temporales, son necesarias. Pero son muy pocas las iniciativas en este aspecto.

La clase alta

La oligarquía peruana es sólo un lejano recuerdo del pasado. Las fortunas rápidas conseguidas mediante la influencia política, la permanencia en el poder o la especulación, son hoy la característica de nuestras clases altas. Aunque han nacido en las postrimerías del poder oligárquico, ellas son más internacionales, menos identificables que en el pasado y su rol tiene menos gravitación debido a la existencia determinante de poderes externos como el de los organismos financieros internacionales, por ejemplo.

Como siempre, el poder económico forma poder político. Pero en el Perú contemporáneo, también el poder político y militar forma poder económico. Hay pues una estrecha relación entre poder económico, jerarquía militar y poder político en un país que experimenta cambios tan importantes en su configuración social y donde aparecen nuevos y activos grupos de poder. En este proceso, el peso de los negocios ilegales --narcotráfico y contrabando fundamentalmente--, es muy importante aunque tiene una significación económica difícil de establecer con precisión.

RASGOS DE LA NUEVA SITUACION

Las nuevas ocupaciones masivas

Organización, en su sentido tradicional, fue sinónimo de concentración. Fue la concentración poblacional en fábricas y haciendas la que dio lugar a las grandes

² En este aspecto, resultan muy útiles para la comprensión de la realidad peruana las recientes reflexiones de Nelson Manrique sobre el racismo en el Perú.

organizaciones laborales rurales y urbanas del siglo XX.

Hoy las ocupaciones masivas no están concentradas en lugares específicos, ni siquiera en regiones delimitadas, sino atraviesan todo el país. Son relativamente dispersas, no concentradas; dinámicas, no estáticas. Podemos hablar de redes y articulaciones que explican mundos dispersos, más que de concentraciones.

Veamos las que nos parecen más importantes.

La producción en el taller-hogar y el comercio popular en la calle. La aspiración principal de quienes están entregados a estas tareas no es mejorar el salario en el corto plazo ni desaparecer la plusvalía de los capitalistas en el largo plazo --como querían los intelectuales que defendían a los obreros y campesinos del pasado-- sino penetrar el mercado. Y su lugar de operaciones no es la fábrica sino el hogar para la producción y la calle para la venta. Aquí hay organización familiar, empresarial y gremial. Por lo menos en el nivel consumo, el monopolio del mercado por las clases altas, ha desaparecido.

La red de la droga es también dispersa y multitudinaria. Incluye a no menos de 40,000 coccaleros; pero también a pasteleros, peones, pisadores de coca, acopiadores de PBC, peones de caleta (laboratorios), cuperos, controladores de carreteras y pistas de aterrizaje, transportistas de insumos y producción, distribuidores de droga al menudeo en los barrios de las ciudades importantes; y, desde luego, a quienes operan los mecanismos financieros que proporcionan el dinero necesario, los "lavadores" de dólares y los cambistas y sus proveedores, quienes ponen en circulación el dinero procedente del tráfico. Aquí hay organización gremial sólo en algunos niveles³ --el de los coccaleros por ejemplo--, pero la red obedece a una racionalidad supranacional cualitativamente diferente.

El sistema de seguridad contra la delincuencia incluye a los cerrajeros, vendedores e instaladores de alarmas y mecanismos de seguridad, policías particulares de diversos tipos, empresas asesoras en seguridad, guardaespaldas y vigilantes privados.

Una de las características que distingue a estas nuevas actividades es la eventualidad, que genera un nuevo tipo de trabajador, psicológicamente condicionado a una situación de ilegalidad y constante incertidumbre.

Las consecuencias de la guerra

El Perú ha vivido una guerra de 13 años, cuyas consecuencias también se han hecho sentir en su configuración social. No sabemos todavía si estas consecuencias serán sólo temporales --superables en el período de pacificación-- o quedarán de manera permanente, marcando nuevas características que, a su vez, se reflejarán en la organización popular. Pero es casi seguro que, si la pacificación es lograda, el Perú de las décadas siguientes quedará marcado de manera indeleble por la guerra.

³ Según Ricardo Soberón, en 1991, 160 comités de productores de coca de la selva alta fueron interlocutores del gobierno en los intentos frustrados de diseñar una política alternativa a la represión. (Exposición en el Seminario de CEPES sobre violencia política en el Perú, julio 1993).

Por lo pronto, mencionemos algunas consecuencias:

1. Creación de las denominadas zonas de emergencia. En estas áreas geográficas, la organización popular en todos sus niveles --pero sobre todo en el segundo y tercer grados-- queda prácticamente disuelta formalmente o seriamente debilitada, al quedar suspendidas también las garantías democráticas y ser seriamente vulnerados los derechos humanos. El ejército se convierte en Estado y crea organizaciones funcionales a esta situación; o subordina otras. Forma federaciones de productores agropecuarios como en Huancavelica; o convoca congresos nacionales de comités de defensa civil, como en Satipo.

2. Disminución física de la cantidad de líderes. Al ser asesinados por las fuerzas armadas o el senderismo, las organizaciones en las que estos dirigentes trabajaban quedan disueltas o debilitadas. O ellos se adaptan y asumen nuevos roles en la conducción de los comités de defensa civil por ejemplo.

3. Desplazamiento. Cifras oficiales establecen la existencia de alrededor de 600 mil desplazados por la guerra, cantidad que casi equivale al total de asalariados del país. La guerra en las zonas de emergencia crea bolsones de desplazados en capitales de provincias, departamentos u otras zonas urbanas y rurales. Los desplazados se organizan a su vez. Sus campamentos son intercomunales y allí se impregnan de una nueva cultura semiurbana. Los intentos de retorno a lugares de origen ya se están produciendo. Enfrentarán problemas inesperados: una nueva distribución de las tierras y las aguas por los que se quedaron, nuevas autoridades que acatar y lazos familiares en crisis. A su vez, ellos intentarán en algunos casos organizar las cosas bajo la nueva racionalidad que han visto y vivido en las ciudades: por ejemplo edificar pequeños poblados en vez de casas dispersas en el campo, introducir nuevas tecnologías en la readecuación de las tierras para el cultivo.⁴

SINTESIS HISTÓRICA DE LA ORGANIZACION POPULAR

Durante la década del 70 las organizaciones populares formaron parte del esquema propuesto para una nueva sociedad, tanto desde el gobierno de la época, que trataba de impulsar un proceso de reformas, como desde la oposición de izquierda.

En el esquema gubernamental de la época, eran las comunidades campesinas reestructuradas, las cooperativas agrarias de producción, las organizaciones de pobladores urbanos, las empresas autogestionarias urbanas y rurales, aquellas organizaciones que, teniendo base territorial, formarían parte de un nuevo tipo de democracia.

Las comunidades laborales eran las organizaciones funcionales destinadas a jugar un rol en la producción que abría a los trabajadores un camino hacia el control del poder económico de las empresas mientras que las empresas autogestionarias, conducidas totalmente por los trabajadores, tendían a articularse en un solo sector que hegemonizaría la economía nacional en el largo plazo.

⁴ Son muy ilustrativos los testimonios recogidos por Isabel Coral.

Desde la oposición de izquierda se trabajó por fortalecer o capturar desde la dirección, el movimiento sindical urbano y las federaciones y sindicatos rurales de agrupación provincial y departamental, como parte de frentes políticos que, según se proponía, acompañarían a los partidos en la lucha por el poder.

Desde el gobierno 1968-75 se puso el acento en una red de organizaciones económicas y gremiales de cogestión y gestión económica y social. Desde la oposición, en estructuras sindicales, frentes regionales y frentes políticos.

De esta manera, gran parte de la actividad de ambos, gobierno y oposición, estuvo destinada a la ampliación y fortalecimiento de la organización popular. Todo ello abrió un intenso proceso en que las organizaciones populares de diversos tipos empezaron a participar activamente en la vida política.

En los 80, al desactivarse los programas estatales de promoción de la organización y empezar la crisis económica, estos esquemas fueron abandonados. Por parte del gobierno, fueron desmantelados todos los organismos destinados a la promoción de la organización. La oposición de izquierda fue dando más importancia, gradualmente, a la lucha parlamentaria y política, que al trabajo de promoción en la base popular.

Simultáneamente, empezaron a aparecer las organizaciones de microempresarios, los comedores populares en las ciudades, los clubs de madres y otras organizaciones de tipo asistencialista; mientras las otras organizaciones --cooperativas de producción, empresas autogestionarias y comunidades industriales-- entraban en crisis y languidecían.

Las comunidades campesinas y empresas comunales, fruto de un proceso social mucho más antiguo, se mantuvieron. Al incrementarse la delincuencia y aparecer el terrorismo, empezaron a surgir las organizaciones de autodefensa urbanas y rurales.

A partir de 1990, producido el shock de agosto, el contingente de los denominados microempresarios se incrementó. Las organizaciones de pobladores perdieron vigor y los comedores populares y clubs de madres se multiplicaron y empezaron a jugar un rol protagónico frente a la crisis. Las rondas urbanas y rurales se expandieron. Las organizaciones sindicales y gremiales, rurales y urbanas, desaparecieron o entraron en crisis. Se mantuvieron las comunidades campesinas.

En sucesivos desplazamientos unas organizaciones han ido sustituyendo a otras en el proceso de crecimiento de la actividad organizativa. Mientras tanto, las organizaciones más antiguas languidecen pero superviven. No puede descartarse que imprevistos cambios de política gubernamental --siempre posibles en el Perú--, puedan reactivarlas.

Su existencia no puede explicarse sin sus acompañantes e interlocutores. En etapas y coyunturas diversas, todas estas organizaciones han recibido apoyos de diversos tipos procedentes de las iglesias católica y evangélica, el Estado, las Fuerzas Armadas, las ONGD y los partidos políticos.

Las comunidades campesinas y nativas, las organizaciones de microempresarios y las de

pobladores son las organizaciones que han demostrado mayor estabilidad y autonomía durante crisis sucesivas que las han enfrentado ya sea a la pobreza, la represión militar o los terroristas. Un gran sector de comedores populares ha mostrado también su capacidad para sobrevivir en las condiciones más duras de la crisis.

En el otro extremo, una parte de los comités de defensa civil⁵ son aquellos que exhiben mayor dependencia de las fuerzas armadas.

Las ONGD han sido y siguen siendo uno de los factores más importantes en el surgimiento de gran parte de las organizaciones populares mencionadas.

ORGANIZACION COTIDIANA, ORGANIZACION DE BASE Y ORGANIZACION GREMIAL

Nos parece importante distinguir estos tres planos de la organización popular.

Organización cotidiana.

La forma cómo se organiza la población en el Perú para producir y vivir y la articulación de sus actividades con ese objetivo es la que denominamos organización cotidiana. Este tipo de organización nace de costumbres de reciprocidad y solidaridad y está asentada frecuentemente, como hemos dicho, en la familia extensa. Tiene objetivos concretos de supervivencia y progreso y no puede ser circunscrita a límites territoriales. Relaciona frecuentemente ciudad y campo e incluso se prolonga fuera del territorio nacional, cuando se trata de familias migrantes. La migración interna y externa juega un rol fundamental en su desarrollo.

Existe relación entre comunidades campesinas, barrios populares y organizaciones de pobladores urbanos, por ejemplo. Los sistemas de solidaridad actúan subterráneamente y articulan comunidades campesinas, familias migrantes, clubs de residentes y sistemas de comercio de productos importados o de alimentos. Existen redes de comunicación, comercio, transporte y solidaridad, pero no sabemos con precisión cómo actúan y cuál es su significación en la dinámica social actual. Desde este punto de vista, no nos hemos desintegrado como país porque existen estas activas redes que comunican y tejen los ámbitos aparentemente aislados entre sí. Puede hablarse entonces de una identidad popular en formación, que va cubriendo las antiguas diferencias entre indígenas y mestizos, costeños y serranos, y donde este tipo de organización cotidiana juega un rol fundamental.

El Perú puede ser descrito como un país de familias extensas en todos sus estratos sociales, incluida la clase alta, donde existe cierto inestable equilibrio entre egoísmo y reciprocidad, explotación del trabajo familiar y mutua compensación.

⁵ Nuevo nombre legal de las organizaciones campesinas de autodefensa, denominadas antes "rondas" o "montoneros".

Organizaciones de base.

En un segundo plano ubicamos las organizaciones de base, tanto territorial como laboral. La organización territorial de base más consistente y antigua es la comunidad campesina o nativa. Podemos ubicar también en este plano a las organizaciones de pobladores urbanos y a los sindicatos, en la medida en que estos últimos se ubican en los centros de trabajo. Son más recientes los comedores populares, las organizaciones de vendedores por calle o mercado.

Algunas de estas organizaciones de base son reconocidas por las leyes del país y por lo tanto están formalizadas, y otras no. Siempre ha existido una fuerte tensión entre organización real y formalidad. En el terreno de la organización formal, aquella que está reconocida por las leyes del país, encontramos: cooperativas rurales y urbanas, empresas populares de diversos tipos, organizaciones de pobladores de los barrios populares, sindicatos de diversos tipos.

Organizaciones gremiales.

El tercer plano es el de las organizaciones gremiales. Entendemos por tales las diversas articulaciones de las organizaciones de base que dan lugar a estructuras de segundo, tercer y hasta cuarto grado: federaciones, confederaciones y frentes de confederaciones. Estas articulaciones se forman para luchar por reivindicaciones sociales o económicas.

Las organizaciones de la vida cotidiana se han desarrollado e intensificado durante los últimos años. Las organizaciones de base se han mantenido de manera bastante estable y consistente, con la excepción de los sindicatos y las cooperativas rurales de trabajadores.

En cambio las organizaciones gremiales de segundo y tercer grado se encuentran en crisis mientras que las organizaciones de cuarto grado han desaparecido o tienen una vida eventual y precaria. La crisis de los niveles intermedios no debe confundirse con la totalidad donde, excepto las zonas de guerra, las organizaciones de base mantienen su funcionamiento.

LA ORGANIZACIÓN CAMPESINA⁶

A partir del I Congreso Nacional Campesino de octubre de 1974, que dio nacimiento a la Confederación Nacional Agraria, CNA, y del Congreso que reorganizó la Confederación Campesina del Perú, CCP, se produjo una extensión de la organización campesina a todo el país.

Estos hechos señalaron el comienzo de lo que recién puede llamarse un movimiento campesino del Perú. Al mismo tiempo, la atención de estas organizaciones, y de otras que las acompañaban en el medio agrario, se fue desplazando del problema de la tierra, que

⁶ Las reflexiones de esta parte del texto complementan las ya hechas por el autor en: BEJAR Héctor/Franco, Carlos. Organización campesina y reestructuración del Estado. Ediciones CEDEP, 1985

había sido su objetivo fundamental durante los setentas, al problema de las relaciones desiguales entre el campo y la ciudad que, durante la década del 80 apareció en el primer plano. Por la vía de la demanda por mejores precios, créditos más rápidos y baratos y acceso libre de los productores a los mercados de consumo, el movimiento campesino empezó a cuestionar el sistema económico que succiona permanentemente la riqueza del agro y lo ata a la industria transnacional o a los mercados de exportación.

La democratización del país y la regionalización abrieron a las organizaciones campesinas las puertas del poder local. Entrenados en los sindicatos, ligas o federaciones, los dirigentes comunales o gremiales empezaron a asumir el rol de alcaldes o regidores. De la pura reclamación pasaron a la administración de recursos y tuvieron que enfrentarse a los problemas de la gestión. La organización empezó a ser escuela de poder.

Pero al producirse simultáneamente los grandes cambios sociales del 80 en el campo: repartición de la tierra, migraciones internas, aparición del narcotráfico, creación de nuevas agroindustrias, aparición de la violencia y ocupación de grandes extensiones rurales por los grupos subversivos o las fuerzas armadas, las organizaciones gremiales campesinas --aquellas de segundo o tercer grado--, cuyo diseño estaba concebido para una situación más estable, tardaron en reubicarse, perdieron legitimidad en sus bases y entraron en un período de languidecimiento y debilidad.

El ingreso a la última década del siglo ha mostrado cambios muy importantes en el contexto rural. Mencionemos sólo algunos en líneas muy gruesas: la multiplicación de la pequeña propiedad por la vía de la parcelación de las cooperativas, sobre todo en la costa; la consolidación de la mediana propiedad por la vía del mercado de tierras, también en la costa; el abandono de considerables extensiones de tierra ante la presencia del terrorismo, en la sierra; la expansión del cultivo de la coca en la selva. Y, en general, los cambios en el patrón de cultivos en todo el país ocasionados por la expansión de la coca, y la disminución de las áreas destinadas al algodón, café, maíz y otros cultivos tradicionales.

Se han producido también bruscos cambios en la orientación de las políticas gubernamentales. La disminución de aranceles, si bien no altera la antigua desprotección del agro, sí permite el ingreso masivo de alimentos importados sin el contrapeso de los fondos para precios de refugio que existían en otras épocas. El crédito promocional se ha esfumado y sólo queda el crédito informal en forma de habilitación de cultivos o arrendamiento de tierras.

Paradójicamente, al tiempo que la economía campesina se extiende junto con la pequeña propiedad y el minifundio, continúa produciéndose una descampesinización del campesino, porque éste depende cada vez menos de la tierra al tener que dedicarse a diferentes formas de supervivencia, distintas de los cultivos o crianzas.

La disminución del peso del Estado --en cantidad y calidad-- en la vida del país deja a las organizaciones gremiales campesinas sin interlocutor ni objetivo de reclamo.

La configuración social también está cambiando en las áreas rurales, al igual que la de todo el país. La presencia creciente de una gran cantidad de trabajadores jóvenes, que realizan tareas eventuales en las zonas rurales y no son propietarios de tierras, continúa siendo un

elemento inquietante de la nueva situación, que ya ha tenido consecuencias en la generación de violencia en el presente, y puede tener consecuencias impredecibles en el futuro.

La extensión del cultivo de la coca también ha cambiado las condiciones laborales y sociales de la selva. A los 40 mil pequeños agricultores que se dedican a este cultivo debe añadirse los trabajadores que transforman la hoja. Muchos de ellos son jóvenes, tienen educación secundaria completa, realizan actividades sucesivas de diversos tipos durante el año y comparten la cultura urbana con la campesina.

La creación de nuevas agroindustrias que aplican tecnologías modernas para cultivos de exportación repercute también en la contratación de mano de obra eventual, predominantemente femenina y joven. Estos trabajadores proceden de áreas rurales pero no están dentro de una racionalidad rural sino urbana; o, en todo caso, oscilan entre ciudad y campo o pequeños poblados y campo. También comparten la cultura urbana con la vida campesina y no están organizados.

Es obvio que todo ello debería repercutir en los gremios de agricultores y campesinos. ¿Qué modificaciones se han producido, sin embargo, en el mundo de los gremios? ¿De existir, expresan estos cambios gremiales, aquellos que se han producido en la base social?

Las fronteras entre mundo agropecuario y mundo rural tienden a borrarse. También las que antes separaban al mundo rural del urbano. ¿Debería reflejar el nuevo programa agrario esta situación y, por tanto, ser un programa rural y no solamente agrario? ¿Qué pueden ofrecer los gremios a los jóvenes campesinos, a las mujeres? ¿Deben proporcionar ayuda a los migrantes y desplazados? ¿Pueden relacionarse con las rondas campesinas y de qué manera?

La CNA y la CCP continúan su declinación porque son víctimas de un complejo proceso cuyos componentes son la crisis de las ideologías y los partidos políticos de izquierda, falta de programas alternativos al liberal, estancamiento de la lucha por la tierra, desmantelamiento del Estado y aislada supervivencia de los campesinos antes que lucha solidaria por renovadas reivindicaciones.

Si la CNA y CCP languidecen, la influencia de la ONA --la organización de los medianos agricultores--, también decrece al disminuir el Estado. Ya no hay con quién negociar, no es útil como antes permanecer en la antesala de un ministro como el de Agricultura que no tiene ni dinero ni poder. O, en todo caso, hay menos poder económico propio como consecuencia de la declinación de cultivos tradicionales como el arroz y algodón por el doble efecto de la recesión y las importaciones.

El poder de los agroindustriales parece haber reemplazado en el campo al de aquellos medianos propietarios que no tienen procesos de transformación y que no son capaces de exportar, en una época en que lo único rentable en el agro son muy contadas y pequeñas líneas de exportación: flores, pasta de tomate, frutas frescas, espárragos.

Pero esto también significa que se producen nuevos puntos críticos en la negociación con el Estado: el pedido de los agricultores para que se establezcan sobretasas a las importaciones

de productos agrícolas es insistente. Esta demanda, que choca con la visión liberal de un mundo sin fronteras para el comercio, visión que los propios medianos agricultores compartieron con algunos industriales en épocas pasadas, aparece ahora más ligada a la defensa del futuro de la agricultura y del propio país, ante la realidad descarnada de un mundo en que impera aparentemente la libertad pero que está dominado en la práctica por las leyes económicas que imponen los más fuertes.

Entonces las nuevas demandas se concentran en pedir limitaciones agraristas al programa neoliberal. Digamos que hay un nuevo programa de reclamaciones inmediatas aun no del todo articulado que, en el caso de las organizaciones campesinas, se suma a las ya conocidas reclamaciones de años anteriores. Pero todavía no existe un nuevo programa que responda a los intereses de los nuevos sectores sociales de las áreas rurales.

En las zonas de guerra, las reivindicaciones más sentidas son la paz, el orden y la seguridad; y el interlocutor es el ejército. Son muchos los dirigentes que mueren a manos del ejército o los terroristas. Otros migran. Otros se incorporan a los comités de defensa y los conducen.

Hay también cambios en el perfil de los gremios: al entrar en crisis los partidos políticos, éstos no tienen la misma capacidad de control y manipulación de antes, y se produce en consecuencia cierta autonomización: ciertos gremios toman distancia de ciertos partidos. La relación es menos conflictiva que antes entre las centrales competitivas: CNA, CCP y CGCP y se renuevan los intentos de acción conjunta. Empiezan a producirse relaciones directas con la cooperación internacional para obtener financiamiento para la capacitación gremial o el mantenimiento de cada institución.

Para poder mantener relación con una compleja masa campesina que cambia en términos inesperados, algunos gremios ofrecen servicios comerciales, legales y de capacitación a sus agremiados. Esta no es una tendencia nueva, puesto que se ha venido realizando ya en el período anterior.

Pero la pregunta se mantiene en el caso anterior: ¿pueden los gremios asumir servicios comerciales que requieren una dinámica de mercado diferente de la estrictamente corporativa? Esta historia es desigual y accidentada. Está el caso de la CNA del 70 y sus experiencias de exportación, de FRADEPT y la exportación de algodón, FADA Arequipa y la Feria internacional o la exportación de fibra de alpaca. En general, son experiencias no siempre exitosas, pero merecen ser analizadas. Por ello uno puede explicarse por qué no es tan fácil que los productores asuman servicios tan importantes como los almacenes de Procompra, los mercados del pueblo, las cajas rurales y las estaciones experimentales. Cada uno de estos servicios tiene sus propios problemas cuya dimensión excede muy frecuentemente la capacidad económica y de gestión de los gremios, porque requiere la aplicación de una lógica diferente a la reclamación tradicional.

Por otro lado, las tradicionales centrales nacionales campesinas siguen concentrando su representatividad en los sectores medios del agro, conformados por los cooperativistas y los comuneros, quienes, a pesar de sus diferencias, tenían un factor común: la propiedad o posesión de la tierra. En un país caracterizado por la escasez de tierra de cultivo ésta es casi una situación privilegiada.

Existen sectores aún más pobres: los minifundistas --comuneros o campesinos de la costa--, poseedores de extensiones menores a la mínima indispensable para subsistir, y los jóvenes de origen campesino que no tienen tierra, habitan en el medio rural y dependen de ocupaciones eventuales. Los minifundistas no tienen organizaciones que los representen, y los eventuales están organizados en sindicatos en algunos valles, pero no coordinan nacionalmente. Al encontrarse en el centro de las confrontaciones armadas entre el ejército y Sendero, algunos de estos sindicatos han sido penetrados por las organizaciones terroristas o destruidos por ellas. La consecuencia de lo anterior es que las reivindicaciones de estos sectores, los más pobres del agro, no están suficientemente incluidas en las plataformas de las organizaciones campesinas de nivel nacional.

La concentración de las centrales en pocos sectores sociales ha producido también el entrecruzamiento y superposición de algunas organizaciones, debido a que algunas han desplazado sus centros de interés hacia los sectores medios. La ONA dedica la mayor parte de su atención a los problemas de los medianos agricultores. La CNA, a las cooperativas supervivientes como grupos de pequeños agricultores y a las comunidades campesinas. La CCP, que centraba su acción en las comunidades campesinas y los campesinos sin tierra, dedicó su atención también a los cooperativistas durante los ochenta pero, al producirse la crisis de las cooperativas, se ha quedado sin gran parte de sus bases.

CAMBIOS EN EL SECTOR OBRERO Y EL MOVIMIENTO SINDICAL⁷

Dos fenómenos han alterado simultánea y sustantivamente la configuración de los sectores obreros: la crisis que siguió a la reactivación industrial de 1985-1987 y la aplicación del programa neoliberal.

Las limitaciones estructurales de la industria sustitutiva para proporcionar empleo al ritmo de nuestro crecimiento poblacional y la recesión industrial que siguió al período reactivador mencionado, dieron lugar a la multiplicación de las pequeñas y microempresas. 200 mil trabajadores laboran hoy en 1993, en pequeñas empresas que tienen un promedio de 20 personas y, casi siempre, son expresión de la actividad económica de redes familiares.⁸

Ya durante el gobierno de Alan García se empezó a aplicar el denominado PROEM, Programa de Empleo Masivo, que permitió a las empresas privadas contratar personal en un régimen paralelo a la estabilidad laboral de los 70. Posteriormente, esa tendencia se fortaleció, incrementando el número de trabajadores eventuales en las empresas privadas. Al ser eliminada en la práctica la estabilidad laboral a partir de 1990, el fenómeno se expandió todavía más, al extremo que 43% de la mano de obra asalariada era eventual en 1990.

⁷ Sobre este tema ver: PORTOCARRERO, Gonzalo/TAPIA, Rafael. Trabajadores, sindicalismo y política en el Perú de hoy. ADEC-ATC, 1993. GARATE, Walter. El sindicalismo a inicios de los noventa. ADEC-ATC, 1993.

⁸ Se puede encontrar cifras sobre la pequeña empresa en VILLARAN, Fernando. El nuevo desarrollo y la pequeña industria en el Perú. PEMTEC y ONUDI. Lima, 1992

Ello repercutió a su vez en la desaceleración del ritmo de sindicalización, porque los trabajadores eventuales rehusan, frecuentemente por temor, afiliarse a los sindicatos. Así, el sector privado sólo tiene 141 mil trabajadores sindicalizados, mientras que 796 mil trabajadores no tienen sindicato. Los trabajadores contratados (no permanentes) por las empresas formales llegan a 143 mil. De ellos sólo el 33% están organizados sindicalmente.

Desde luego, existen contradicciones entre trabajadores estables y eventuales en cada empresa y en todo el sector laboral. Los trabajadores sindicalizados son en su mayoría adultos, antiguos y gozan aún de estabilidad en la medida que todavía permanece precariamente el régimen originado en los 70. Los eventuales son en su mayoría migrantes, tienen un salario promedio de 50 dólares por mes, son jóvenes, buscan calificación y casi siempre tienen secundaria completa. Su conciencia y percepción de los fenómenos sociales también es diferente. Se juzgan de paso en su condición de obreros, quieren independizarse y su objetivo es convertirse en microempresarios.

Por otra parte, la aplicación del programa neoliberal se reflejó en el despido de trabajadores estatales y el cierre de la banca estatal de fomento.

Los trabajadores estatales eran una base consistente del movimiento sindical, que perdió así uno de sus contingentes más numerosos, al ser neutralizada la CITE y los sindicatos de diferentes ministerios y sectores estatales. Simultáneamente, el cierre de los bancos estatales de fomento y la aparición de nuevos bancos privados, debilitó la organización sindical de los trabajadores bancarios. Por lo general, los empleados de los nuevos bancos privados no están sindicalizados o no pertenecen a la antigua Federación de Empleados Bancarios.

La recesión se ha reflejado también en el sector minero y en la construcción, donde antes existían poderosas centrales. Las centrales todavía existen pero están debilitadas.

En general, los cambios en la conciencia de muchos trabajadores industriales son muy importantes. Luego de las experiencias frustradas en las empresas de los trabajadores, ellos tienen dudas sobre el colectivismo. La intransigencia ha dejado de ser el paradigma de conducta que expresa la lucha de clases, para ser reemplazada por cierta apertura al diálogo con los empresarios. La gestión es vista ahora como un problema fundamental. Hay un ocaso del clasismo y la política deja de ser para ellos un objeto de interés. El trabajo independiente como empresario se convierte en un objetivo a alcanzar.⁹

Por su parte, el movimiento sindical urbano clásico tiende a reducirse en términos absolutos, por los despidos y cierre de fábricas; y relativos si se lo compara con el crecimiento de otros sectores paralelos como el de pequeñas y microempresas. El sindicalismo rural de trabajadores asalariados prácticamente ha desaparecido al entrar en crisis la industria azucarera. Los sindicatos rurales de trabajadores eventuales tienen vida precaria. Los trabajadores temporeros de las nuevas agroindustrias no están sindicalizados.

⁹ Son muy ilustrativas en este aspecto las entrevistas realizadas por Gonzalo Portocarrero y Rafael Tapia a grupos de trabajadores de pequeñas empresas manufactureras en Lima. PORTOCARRERO, TAPIA, ob.cit.

Las reacciones de las centrales tradicionales a estos cambios son poco conocidas. A semejanza de lo que ocurre con el sindicalismo agrario, también centrales sindicales antes enemigas como la CGTP y CTP ahora se acercan en busca de plataformas comunes. Pero el mundo de las confederaciones continúa disperso y, sobre todo, sin interlocutor, desde que no tienen ningún rol a jugar en el programa neoliberal.

Desde algunas ONGD se está empezando a investigar los cambios de situación descritos antes. Si durante los 80 fueron los partidos políticos quienes jugaron un rol decisivo en la promoción y asesoría al movimiento sindical urbano, en los últimos años son los científicos sociales de las ONGD, los autores de investigaciones y análisis pioneros sobre los cambios de la nueva década.

LOS COMEDORES POPULARES Y ORGANIZACIONES DE SUPERVIVENCIA¹⁰

En 1950 aparecieron, alentados por los gobiernos de entonces, los clubes de madres. En 1970, a partir de los sindicatos en huelga, aparecen las ollas comunes. Entre 1979 y 1981 predominan los comedores parroquiales. En 1981 surgen las centrales de comedores. Entre 1982 y 1984 se crean nuevos comedores bajo el estímulo del programa de cocinas familiares del gobierno de Belaunde y el programa municipal de fomento de la vida de la Municipalidad de Lima. Estos últimos son denominados comedores autogestionarios.¹¹ Entre 1984 y 1986 surgen los comedores del pueblo auspiciados por el Apra y los comedores fomentados por el Programa de Asistencia Directa del gobierno de Alan García. Mientras tanto, continúa la centralización de los comedores autogestionarios, que culmina en su primera etapa con el I Encuentro Nacional de Comedores, realizado en 1986.

Existe pues una larga tradición originada en servicios asistenciales de diversos tipos, organizados por las iglesias, los gobiernos y los partidos políticos. Las ONGD se suman al proceso al promediar los 70, y a partir de las luchas sindicales y la participación de la izquierda, primero en las ollas comunes y luego en los gobiernos municipales.

Ya en mayo de 1990 eran 3,050 los comedores que atendían 301,592 raciones diarias en Lima Metropolitana. Pero luego del shock de agosto de 1990, los comedores pasan a 7,283. En 1991 se registra una leve disminución, pero el número seguía siendo alto: 5,329 con un promedio aproximado de 746,060 raciones diarias.

A lo largo de siete años, los comedores populares crecen de 220 que eran en 1984 a 5,329 en 1991. La población atendida por los comedores populares representa el 21% de la población de los distritos más pobres de Lima y el 12% de la población total de la capital.

¹⁰ Ver TOVAR, Teresa. Perfil de comedores populares autogestionarios. Trabajo elaborado por encargo de FOVIDA, 1993.

¹¹ "Es probable que el primer comedor popular de El Agustino, establecido en 1980, haya sido también el primero establecido en Lima. El hecho de que el distrito haya sido administrado por la izquierda desde 1981 facilitó la interacción con el Municipio. SCHONWALDER, Gerd. Nuevas formas de vincular el Estado y la sociedad civil: experiencias con el gobierno local en Lima, Perú. Artículo inédito.

De cada 100 habitantes de Lima, 12 comen en un comedor popular.

En el tránsito que va desde el asistencialismo de la primera hora, los comedores populares han mostrado ser algo más que una organización exclusivamente asistencialista: tienen una relativa autonomía, parte importante de sus actividades es autofinanciada y son una escuela de gestión colectiva para las mujeres que los organizan; a la vez que una de las vías para la revaloración del trabajo de la mujer respecto de su familia y del conjunto de la sociedad.

Como hemos dicho antes, los comedores populares en su forma actual son una consecuencia del encuentro entre la organización popular acosada por la crisis, la participación de la izquierda en las municipalidades y gobiernos locales --intenso fenómeno de los 80--, y la acción de las ONGD. El agotamiento de la izquierda y las variaciones registradas en la composición política de los gobiernos municipales después de las elecciones de 1992 dejan interrogantes sobre el futuro de esta convergencia. En todo caso, el rol de las ONGD continúa siendo muy importante.

La asesoría de las ONGD a los comedores populares ha tocado varias temáticas y tendencias organizativas: han promovido su articulación y centralización; han alentado el rol de los comedores como escuelas de gestión para las mujeres; en diferentes momentos y con suerte distinta, han intentado ligarlos con los productores agrarios.

LAS RONDAS Y ORGANIZACIONES DE AUTODEFENSA

Las rondas campesinas surgen como reacción de las comunidades y los pequeños propietarios contra la delincuencia rural y el terrorismo.

En un primer momento, son los pequeños propietarios y comuneros de Cajamarca quienes se organizan para hacer frente a los ladrones de ganado. A mediados de los ochenta, el movimiento cubre varias provincias, se extiende a Piura y hace sentir su autoridad como un movimiento surgido desde las mismas bases, autónomo, y avanza hacia la administración de justicia. Al comienzo no es reconocido por el Estado peruano, pero después, al presentarse grupos de Sendero Luminoso y del MRTA en diversas provincias del Norte, el Congreso dicta las disposiciones que reconocen legalidad a las rondas, aunque con criterios más restrictivos y menos autónomos.

Mientras tanto, al presentarse los grupos de Sendero Luminoso en las zonas rurales del departamento de Ayacucho, las fuerzas armadas organizan a los licenciados del ejército en milicias, a las que denominan al comienzo "montoneros". Se trata de una asimilación de la experiencia de Piura, y aplicación de la táctica contrasubversiva de otros países, esta vez impulsada a iniciativa del ejército. Estas organizaciones son armadas al comienzo con armamento elemental; pero después se las provee de armamento algo más avanzado.

Lo mismo acontece en la selva, particularmente en el Ene y Perené, donde el ejército organiza militarmente a los asháninkas y otras comunidades nativas para combatir a Sendero.

Así, concebidas en los cuarteles y bajo el mando de oficiales, estas milicias cubren

actualmente varias provincias de los departamentos de Ayacucho, Junín, Ancash, Piura, Cajamarca, San Martín. Las primeras declaraciones del Comando de las Fuerzas Armadas hablaban de unos 18 mil hombres armados en estas condiciones. Hoy diversos analistas llegan a calcularlos en 200 mil. Ya se ha realizado el primer congreso nacional en que los ronderos han podido expresar sus demandas, casi siempre ligadas al desarrollo local. El ejército ha creado los primeros programas de desarrollo para atender estas demandas.

Al comienzo, algunas organizaciones de la izquierda las tipificaron como organismos paramilitares, confundiéndolas con las organizaciones de este tipo que actuaron en Argentina y Bolivia durante los ochenta. Pero se trata de una realidad bien diferente.

Es un fenómeno masivo, integrado por hombres y mujeres del pueblo y organizado con el respaldo o la tolerancia popular, sin los cuales no sería concebible su existencia. Están formadas en su mayoría por comuneros o incluso por dirigentes de comunidades. En algunos casos, la organización comunal se confunde con la organización de la ronda. En otros casos, las comunidades forman comités de autodefensa.

Las rondas expresan así dos fenómenos simultáneos: la sublevación campesina contra Sendero que, en algunos casos, toma caracteres multitudinarios¹²; y la negociación del campesinado con los militares, como en el Congreso de Satipo. Ambos fenómenos tienen una profunda significación en la evolución social y política del país y están cambiando el régimen político y social que se vive en el campo, transformando las comunidades, alterando las relaciones de poder y estableciendo un nuevo tipo de relación entre las comunidades involucradas, las fuerzas armadas y el resto de la sociedad peruana.

Las rondas son tan heterogéneas como el mundo campesino. Encontramos desde las autónomas de Piura¹³ hasta las totalmente dependientes de Ayacucho, o aquellas de la selva en que comunidades íntegras son movilizadas por el ejército. Sus relaciones con la comunidad campesina, con el gobierno y las fuerzas armadas son también disímiles. Es una constante sin embargo que casi siempre portan también un fuerte ingrediente de reivindicación y un elemento, aunque sea mínimo, de negociación de esas reivindicaciones con las fuerzas armadas y el Estado.

Igualmente diferenciada es su relación con las ONGD. Junto a la Iglesia Católica, las ONGD han jugado un rol decisivo impulsando la formación de rondas en Piura, Cajamarca y Ancash. Han tenido un rol determinante en la defensa de la autonomía de las comunidades nativas el Ene respecto de las fuerzas en pugna. Pero su relación con el resto del mundo de las rondas es muy difícil debido a la presencia de las Fuerzas Armadas que, por lo general, exigen a las comunidades una relación excluyente. La ocupación de grandes extensiones por el ejército en Ayacucho, Junín y Huancavelica, prefigura un nuevo régimen político en

¹²Como cuando en 1984 miles de comuneros de Paucará y Choca (Huancavelica) tomaron Parco Alto, base de Sendero y entregaron los senderistas a los militares.

¹³ Recientes disposiciones del gobierno obligan a todas las rondas del país a cumplir las normas de los comités de defensa civil, limitadas a la defensa contra el terrorismo. El gobierno cuestiona legalmente las atribuciones de autogobierno y autojusticia de las rondas del norte.

que las ONGD no tienen ningún rol a jugar y la defensa de los derechos humanos es equivalente a subversión. La consolidación de una gran zona cocalera en el Alto Apurímac, el Ene, el Huallaga y el Mayo implica el dominio absoluto del ejército sin posibilidad de fiscalización por las organizaciones populares del área, impregnadas también por el narcotráfico.

LOS PROTAGONISTAS COLECTIVOS: EL ROL DE LAS ONGD FRENTE A LA SOCIEDAD CIVIL Y LA ORGANIZACIÓN POPULAR

Simplificando, podríamos decir que la organización popular en el Perú atraviesa por tres períodos: 1930-1970, marcado por su relación con los partidos políticos revolucionarios; 1970-1980, marcado por la actividad promotora del Estado en la primera mitad de la década y por luchas regionales, sociales y por derechos democráticos en la segunda; 1980-1990, marcado por la intensificación de sus relaciones con las ONGD y los partidos.

En cada uno de estos períodos, gran parte de la existencia misma de las organizaciones populares en el Perú sería inexplicable sin la presencia de los interlocutores, impulsores o acompañantes respectivos.

El mundo de la organización popular se ha ido haciendo cada vez más complejo a medida que el país se complicaba. Pero también, las ONGD han ido desarrollándose y formando un mundo diverso.

En el principio, la típica ONGD era aquella dedicada a la concientización, la educación popular y la organización. La década 80-90 ha sido también la de la multiplicación de las ONGD que abordan diversas temáticas, tienen distintas dimensiones, metodologías, ubicaciones e ideologías, muchas de ellas próximas a los partidos políticos de izquierda.

Ha sido muy valioso el aporte de las ONGD a la participación popular en los gobiernos locales, la generación de autogobierno en los nuevos asentamientos humanos y la construcción de redes de participación y organización popular en todo el país.

Al parecer, hoy día se registra un rápido ingreso de las ONGD a proyectos productivos, un relativo alejamiento de las organizaciones gremiales de segundo y tercer grado y de los partidos, un perfil ideológico más bajo pero, a la vez la intensificación y localización del trabajo con las organizaciones de base.

Hay un nuevo acercamiento a las organizaciones populares de base: comunidades campesinas, comedores populares. A los gobiernos locales. O a las organizaciones del empresariado popular: pequeñas y microempresas y comités de pequeños y microempresarios. Una dedicación a servicios concretos de asesoría, capacitación, crédito y comercialización.

Como estas organizaciones populares no tienen solamente relación con las ONGD sino con otras instituciones públicas y privadas, se va construyendo una figura que podría ser descrita como un cuadrilátero en que están en cada ángulo, las organizaciones, las ONGD, los partidos y el Estado, respectivamente. Esta relación es tensa y frecuentemente

contradictoria; pero se da en la práctica y contribuye a una mayor autonomía de las organizaciones que ahora tienen cómo elegir. La armonía entre estos cuatro elementos constituye, a nuestro juicio, una de las claves del futuro desarrollo nacional.

La persistencia de la guerra acrecienta el número de ONGD dedicadas a la defensa de los derechos humanos, al tiempo que las interpela en su rol de entidades que trabajan por la paz. Las ONGD empiezan a ser víctimas de los atentados terroristas y a cobrar sus primeros mártires.

Por otra parte, las ONGD encuentran que no pueden responder aisladamente a los requerimientos de las organizaciones y tienden a generar coordinaciones y consorcios que les permitan usar sus recursos de manera más productiva y eficiente.

Actuales desafíos para las ONGD

En general, para las ONGD, la nueva situación de la organización popular presenta varios desafíos que enumeramos a continuación:

1. Es necesario reexaminar la situación de la organización popular y en general la nueva situación social que presenta el país. Ello obliga a un intenso trabajo de investigación y análisis.
2. Es necesario fortalecer y dar perspectiva futura a las relaciones ya existentes con las organizaciones de base tradicionales. Que existan nuevas organizaciones no significa necesariamente que las antiguas hayan desaparecido.
3. Es necesario establecer relaciones con los nuevos sectores sociales organizados o que no lo están todavía: trabajadores de las empresas agroindustriales de exportación, trabajadores eventuales, coccaleros, rondas campesinas, trabajadores eventuales, desplazados, migrantes. Estas relaciones suponen nuevas metodologías, deben ser muy flexibles y descartar cualquier posibilidad de dependencia organización-ONGD.
4. Es necesario diseñar una estrategia conjunta con los nuevos sectores con los que estamos trabajando: microempresarios, comedores populares. Esa estrategia implica una nueva reflexión sobre nuestro rol y el de ellos en el desarrollo del país. ¿Es posible continuar impulsando a los sectores más rentables y dinámicos sin perder nuestra relación con los más pobres?
5. Es necesario diseñar nuevas metodologías de aproximación y trabajo con un mundo social caracterizado por la falta de certidumbre y la eventualidad.
6. Es necesario diseñar alternativas prácticas y teóricas, de micro y macropolítica, susceptibles de proporcionar a nuestro país propuestas distintas a las soluciones emprendidas por la política neoliberal. Ello implica un fuerte trabajo de análisis teórico, de propuestas macroeconómicas viables y de examen global de la nueva realidad peruana.
7. Es necesario reiniciar acciones de presión política sobre el poder central desde que la

experiencia de más de diez años de promoción social muestra que existe una estrecha relación entre el marco global, la situación y destino de las organizaciones populares de diversos tipos y el éxito o fracaso de los proyectos emprendidos por las ONGD.

8. Las ONGD deben reconocerse a sí mismas, no como organizaciones-instrumento, sino como organizaciones que tienen identidad, diferentes de las organizaciones populares, pero dispuestas a establecer un diálogo igualitario con ellas.

Palabras finales

Las décadas anteriores crearon sus personajes sociales paradigmáticos. Fueron el proletariado primero, los pobladores de los barrios marginales después; el campesinado casi siempre. En fin, el movimiento popular.

Se ha tratado de una creación de personajes colectivos, de una imaginería a cuya construcción no son ajenas las ONGD. Pero pensemos bien ¿Es éste un problema de equivocación en el cumplimiento de roles, o lo es más bien, de malos entendidos históricos?

Porque, en efecto, los indios no bajaron de los Andes para hacer la revolución social, como querían los indigenistas de 1920 y tampoco asumieron como suya la idea del progreso, tal como querían los desarrollistas de los años 50: hicieron lo que quisieron y a su manera; y sus hijos, o ellos mismos, ocuparon las ciudades blancas, transformándolas en este crisol de culturas que son hoy. Los proletarios no encabezaron la revolución socialista como querían los marxistas de los años 30 ni hicieron realidad la autogestión como querían los velasquistas de los 70; en algunos casos consiguieron estándares de vida aceptables, en otros llegaron tarde a un mundo social que cambió, lucharon por sobrevivir o tuvieron que cambiar de ocupación extinguiéndose como sector social. Los industriales nunca jugaron el rol de una burguesía nacional protagonista de un proceso nacional de desarrollo económico independiente, sino que, frecuentemente, hicieron todo lo posible por suicidarse como sector económico.

Las ONGD han sido parte de estos cambios en que los roles no han sido siempre los previstos. Hoy se enfrentan al reto de salir al encuentro de los nuevos sectores sociales sin abandonar los antiguos; asistir a los pobres sin dejar de ser instituciones de desarrollo; trabajar por la pacificación y al mismo tiempo por la reconstrucción de la democracia; ser eficientes sin convertirse en simples instituciones tecnocráticas.

Ello implica crecer cuantitativa y cualitativamente, manejar más recursos, cubrir con servicios partes más grandes del territorio nacional y sectores sociales más numerosos. Convertirse en una comunidad de profesionales cada vez más articulada y con mayor gravitación en el país. Manejar sus relaciones con otros entes colectivos como las organizaciones del pueblo, los sindicatos o los partidos políticos, de manera autónoma.

Supone también orientarse por un proyecto nacional global y depender cada vez más de sus propios recursos que les puedan asegurar independencia verdadera y autonomía para diseñar y decidir políticas.

Las tareas que cumplimos o en que participamos o los cambios de los que fuimos testigos,

llegaron en cierto modo a su culminación. La culminación no significa por supuesto, éxito total, sino acciones que logran éxitos parciales, se agotan y que deben originar más acciones. Nada puede medirse en el mundo como éxito o fracaso total. Casi siempre hay que empezar de nuevo sin tener la esperanza de cambiar el mundo de una sola vez.
